

Doña Camelia y las Bellotas Mágicas

por Verónica Márquez Veytia

Había una vez una buena mujer que vivía en el bosque. Su nombre es Doña Camelia. Vivía en una pequeña casa tejida con rayos de sol y con los colores de Arcoiris. En su casa, Doña Camelia hacía hermosas mantas tejidas de las más finas sedas y lanas. Algunas veces, les añadía pedacitos de arcoiris aquí y allá para hacerlas todavía más coloridas.

Los árboles en el bosque eran sus amigos. Doña Camelia cantaba y bailaba con ellos y los árboles a cambio le contaban las historias más maravillosas.

Todos los días, Doña Camelia iba al pueblo a compartir estas historias con los niños. Las historias que les contaba eran graciosas, tristes, y a veces hasta miedo daban -a los niños les encantaban-. Cada día esperaban a que llegara Doña Camelia, ansiosos de nuevas historias que traía para contarles. Además, ella enseñaba a los niños a hacer mantas de colores, justo como las que ella misma hacía. Las mantas los mantenían abrigados y alegres durante el invierno y los tiempos difíciles.

Un buen día, caminando de regreso a casa, Doña Camelia sintió un viento suave que soplaba con un susurro diciendo:

“Querida mujer de los árboles lejanos,
por favor ven aquí a cantar y bailar con todos como hermanos.”

La mujer presto atención, pero siguió su camino.

Después de un rato de caminar, Doña Camelia sintió de nuevo un viento suave que soplaba con un susurro, aunque esta vez un poco más fuerte, diciendo:

“Querida mujer de los árboles lejanos,
por favor ven aquí a cantar y bailar con todos como hermanos.”

El susurro en el viento provenía de los árboles en las profundidades de un bosque de una tierra muy lejana, donde la hierba es más verde que el propio verde y los árboles crecen hasta ser ancianos y sabios.

Doña Camelia una vez más escuchó atentamente y siguió su camino.

Cuando llegó a casa ya estaba oscuro. Estaba apunto de entrar a su pequeña casa de rayos de sol y arcoiris, cuando Doña Camelia sintió una vez más un viento suave que soplaba con un susurro, todavía más fuerte que la última vez, diciendo:

“Querida mujer de los árboles lejanos,

por favor ven aquí a cantar y bailar con todos como hermanos.”

-Niños, vosotros sabéis que tres es un número mágico y también sabéis que cuando la Madre Naturaleza os llama, es muy importante escuchar-.

Doña Camelia también lo sabía. Ella sabía que tenía que escuchar a los árboles e ir a esa tierra lejana. Estaba muy emocionada de ir allá y hacer nuevos amigos árboles! Reía y bailaba con tanta alegría...! Pero de pronto, sintió que el corazón le pesaba y se entristeció: Los niños! Pensó lo mucho que los iba a echar de menos. Los amaba tanto! Doña Camelia también sabía que los niños la echarían mucho de menos. Ella se iría a una tierra muy lejana y no sabía cuándo regresaría o si regresaría alguna vez.

Doña Camelia se sentó debajo del viejo Roble y las lágrimas le rodaban por sus rosadas mejillas. Estaba tan triste como una abeja en un día lluvioso. Viejo Roble sintió pena por ella y le preguntó, “Por qué estás tan triste querida amiga?” Doña Camelia le contó a Viejo Roble acerca de los susurros que había escuchado del viento, que tenía que partir hacia una tierra lejana y lo mucho que iba a echar de menos a los niños. Cuando Doña Camelia terminó su relato, Viejo Roble enderezó su tronco lo más derechito que pudo, extendió sus ramas lo más lejos que pudo, se quedó quitecito por un momento, y empezó a sacudirse. Una, dos y tres sacudidas, dejando caer un puñado de bellotas que aterrizaron justo en la cabeza de Doña Camelia. En ese momento, Doña Camelia paró de llorar y escuchó a Viejo Roble mientras éste decía:

“Estas bellotas mágicas son para que tú y los niños recuerden”, continuó diciendo Viejo Roble, “Cuando amamos a alguien, un hilo dorado crece desde nuestro corazón hacia el corazón de la persona que amamos. Este hilo dorado conecta a las dos personas, igual que las raíces conectan a todos los árboles en el bosque,” continuó Viejo Roble. “Así entonces, cuando penséis en los niños con amor, un hilo dorado crecerá desde tu corazón y encontrará el camino hasta llegar al corazón de los niños, sin importar dónde estéis, sin importar si estás del otro lado del mundo. De esta manera todos podréis estar conectados, así como lo hacen los árboles del bosque. Entonces, el mundo se convertirá en un bosque dorado de corazones humanos!”, dijo riéndose Viejo Roble.

Doña Camelia sonrió y juntó todas las bellotas que Viejo Roble le había regalado.

A la mañana siguiente Doña Camelia caminó al pueblo con su canasta llena de bellotas mágicas. Les contó a los niños que tenía que marchar a tierras muy lejanas. También les contó sobre las bellotas mágicas que le había regalado Viejo Roble, y cómo con la ayuda de éstas y teniendo recuerdos de amor y cariño para con cada uno, ella y los niños podrían crear un bosque dorado de corazones, así como los árboles lo hacen aunque estén lejos. Cuando era hora de ir a casa, cada uno de los niños tomó una bellota mágica para ayudarles a recordar lo que les había dicho Doña Camelia aquel día.

Quizá algún día vosotros conoceréis a algún Roble que ha crecido de esas bellotas.

Podéis pensar en personas que aman y están lejos?

Enviáδες un hilo dorado de amor.

Ahora, ya estaréis creando un bosque dorado de corazones alrededor del mundo-.